

Ruego a un templo portentoso de las artes

Discurso pronunciado por el viceministro de Cultura, Prof. Guido Sáenz, el 13 de octubre, con motivo de colocarse los retratos de los ex presidentes don José Joaquín Rodríguez y don Rafael Iglesias en el Teatro Nacional.

Primera Dama de la República, doña Karen de Figueres; familiares de don José Joaquín Rodríguez y de don Rafael Iglesias, señores Ministros, señores miembros del Cuerpo Diplomático, señor Director de Artes y Letras, señoras y señores:

De todas partes del mundo oímos voces que, con justificada razón, consideran a nuestro pequeño país, una especie de fenómeno. No tenemos ejército, gastamos la mayor parte del presupuesto nacional en educación; el régimen democrático de nuestra pequeña república es y ha sido, estable y sólido; la vida en Costa Rica es apacible, su clima agradable —pese a su intensa lluvia trece meses al año— las gentes son poseedoras de un alto sentido del humor y raras veces nos ponemos trascendentales. Estas y otras condiciones parecen superar nuestras limitaciones y nuestra ausencia de drama que, para algunos pueblos a través de la historia del ser humano, ha servido de estímulo y acicate, de fuerza creadora y de compulsiva organización.

Nuestra economía es precaria, nuestro suelo pobre, pese al nombre que le fue conferido a nuestro territorio. Pero Costa Rica es, ha sido y con toda seguridad seguirá siendo, tierra de Quijotes, de soñadores y de románticos visionarios. El Teatro Nacional de Costa Rica, este Teatro "descomunal" —para usar el término tan frecuente en la obra de Cervantes— es prueba evidente de ello. Sólo voluntades heroicas, determinadas a la consecución de un mejoramiento en la vida de las generaciones de su tiempo como de las futuras, podían lograr un monumento y un símbolo de tan dispersos significados como lo es el Teatro Nacional. Dice Ortega y Gasset que la cultura es lo único que salva al hombre del radical envilecimiento. La luminosa intuición de esos costarricenses, que en la última década del siglo XIX levantaron lo que semejava una incongruencia, parece haber sido formada proféticamente a expensas del pensamiento de Ortega.

Imaginémonos lo que ocurría en la pequeña y modesta ciudad de San José la noche del 21 de octubre de 1897. El Teatro Nacional abría por vez primera, ante los ojos con seguridad atónitos de un millar de costarricenses, su boca dorada para iniciar la trascendente trayectoria que le ha correspondido en la historia de la república. En esa la fecha que marca el descubrimiento de un mundo casi sa-



Guido Sáenz

grado, inaccesible y misterioso. El mundo de la ficción y de la farsa, del drama y de la risa, la danza y el prodigio de la música. Hace setenta y cinco años que dentro de este templo portentoso de las artes, se repite el fenómeno, fenómeno que se manifiesta desde que traspasamos su umbral y se recorre su ámbito de piedra y mármol, enriquecido de pinturas, terciopelo y otros. Y nos sentamos en la magnificencia de su sala, en la oscuridad, desde donde es permitido escudriñar otras vidas remedo de las nuestras o gozar del escalofrío de que hablaban los griegos, o entregarse al cosmos abstracto de la creación musical.

En el intervalo de estos 75 años, nombres universales han aparecido en las carteleras del Teatro Nacional. Sus dueños, esos seres de dación divina que sobrepasan las normales capacidades humanas y cuyo magnetismo seduce y se apodera del ánimo y de la voluntad; poseedores de potencias instintivas que efervescen desbordándose para transformarse en imitaciones de milagros o en radiante hechicería; ellos, artistas, practicantes de la alquimia, conquistadores de masas, mártires de disciplinas y vanidades, han encontrado el marco propicio para su culto intrincado, en las volutas barrocas de nuestro Teatro Nacional. —Y aquí están sus presencias como fantasmas fosforescentes, el eco de sus voces y su paso alado por el escenario. Ana Pavlova, Ricardo Calvo, Brailowsky, Marian Anderson, Helen Hayes, Benavente, Rubinstein, María Guerrero, Galli-Curci, Heifetz, Victoria de los Angeles y nuestro Melico Salazar.

La preocupación de los caficultores; su insólita decisión de auto imponerse un impuesto en sus exportaciones y la preclara mentalidad de don José Joaquín Rodríguez y de don Rafael Iglesias, ejecutores inspirados de la formidable tarea de construir este teatro, nos dejaron, como patrimonio, esta obra permanente que sin duda ha cambiado para bien, el rumbo de la cultura costarricense.

Los insto a recorrer sus rincones como lo he hecho tantas veces, a deslumbrarse con sus detalles, sus tesoros, sus vericuetos subterráneos. Todo causa asombro porque todo fue concebido y realizado con el mayor de los cuidados y el mejor de los gustos. Y aquí me detengo un momento con el afán y la angustia de no poder detener el tiempo. El tiempo que todo lo corroe y destruye con su aliento pútrido de años. Es el polvo añejo que inoxidablemente apaga el fulgor de los oros y marchita los mármoles. Pero de nuevo surgieron quijotes empeñados en salvar, arrancando al tiempo su poder mortal, lo hecho por los visionarios y con la lanza en ristre cabalgamos embistiendo al tiempo y pretendiendo

desarrugar la faz del deteriorado coloso. La tarea ha sido impropia, sin cuartel. Han transcurrido años en esta restauración que es ya patente. El teatro recobra su vigor y su brillo con lentitud, y nuestra preocupación crece y se ahonda. No hay dinero. La lucha continúa. Y ahí están: Don Manolo Rodó el director que vive en un clamor constante y que gestiona, pide y exige. Su amor por el Teatro es desorbitado y comunicante; don Enrique Macaya, que nos acompañó al inicio de la brega confortándonos con su sapiencia; Cecilia Valverde, infatigable y equilibrante, doña Lottie de González, fiel a la causa y apasionada colaboradora. Y los de hoy, mis compañeros en la junta directiva: el arquitecto Edgar Vargas, asesor técnico; vertical en sus decisiones, hombre ponderado y fecundo en ideas; Virginia de Fernández, de eterno buen humor y fluido pensamiento; el licenciado Alberto Raven, dinámico y tajante; Jorge Hine, quien recientemente ingresó como miembro de esta familia de enamorados del Teatro Nacional a la que se suma el nuevo y diligente administrador Gerardo Rojas. Bueno, y yo, que he tenido hasta el atrevimiento y la audacia de pararme repetidamente en ese escenario de sagrados con el afán de contribuir en algo al latir del corazón del Teatro.

Para terminar debo dar crédito y mi agradecimiento en nombre de la Junta, la Dirección y la Administración, a quienes han sido parte esencial en la restauración del Nacional desde 1968.

Las etapas primeras y segunda ya concluidas de la restauración de las valiosas pinturas de los plafones del foyer y de la escalinata central, se debe a la admirable labor realizada por los técnicos del Instituto Central de Restauración de Madrid.

Los cortinajes que se han colocado en el foyer, para sustituir a los de 1897 fueron confeccionados en la "Fundación del Generalísimo". Cabe mencionar la valiosa cooperación de don Joaquín Juste, entonces Embajador de España en Costa Rica y que posteriormente desempeñó con acierto singular la Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo.

Y es necesario también hacer mención del valioso concurso de don Gratiniano Nieto, Director General de Bellas Artes, de don José María Cabrera y don José Perales, directores de la Escuela de Restauración, quienes vinieron a Costa Rica a disponer lo conveniente para la iniciación de los trabajos.

Asimismo no puedo dejar de consignar que gracias a las recomendaciones de don Arturo Díaz Martos, director del Instituto Central de Restauración de Madrid, se ha logrado que a través del Instituto de Cultura Hispánica dispongamos de dos becas para que dos costarricenses vayan a Madrid a hacer cursos de Restauración.

Ruego ahora a la señora Luisa Iglesias de Tatenbach y a la señora María Cecilia Rodríguez de Segreda que procedan a descubrir los retratos de quienes hicieron posible nuestro Teatro Nacional; don José Joaquín Rodríguez y don Rafael Iglesias. Muchas gracias.